

# La materia del historiador

JOSEP M. MUÑOZ\*

LA VANGUARDIA, CULTURA/S, 17.03.10

¿De qué materia está hecho un historiador? Cuando se publica una biografía o se hace una exposición sobre un escritor, se suscita una cuestión recurrente: ¿hasta qué punto su vida nos explica su literatura? ¿Es mejor conocer o ignorar las vicisitudes personales de Ausiàs March cuando nos disponemos a leer su poesía? ¿La vida de Mercè Rodoreda nos da las claves de su obra? ¿O acaso hay que prohibir, como hizo Salinger, cualquier información sobre el autor en la solapa del libro, para que así el lector se enfrente sin prejuicio alguno a la obra? No pretendo, claro está, zanjar la sempiterna discusión, aunque uno está del lado de quienes creen que, cuanto mejor conozcas a un autor, más disfrutarás de su obra.

En todo caso, y regresando a la pregunta inicial, hace tiempo que aprendimos que un historiador es, también, por decirlo a la manera francesa, "un historiador dentro de su tiempo". Más allá de la afirmación de Croce en el sentido de que "toda historia es historia contemporánea", lo cierto es que son los problemas de su propia época los que permiten al historiador plantear y construir sus problemáticas a partir de una interacción entre pasado y presente. Un libro de homenaje a Marc Bloch, en ocasión del cincuentenario de su muerte (fue fusilado tras ser arrestado por la Gestapo), comprendía los siguientes capítulos: *Una nueva historia*, *En los orígenes de un compromiso* y *Un historiador dentro de su tiempo*. ¿No sería esta misma triple conceptualización perfectamente aplicable a Jaume Vicens Vives, ahora que se cumple el cincuentenario de su muerte y, también, el centenario de su nacimiento?

Aunque quizás, para empezar a hablar de Vicens, haya que hacer una consideración previa, relativa a su personalidad. "Avasalladora": así la define Jordi Nadal, uno de los que sucumbieron a su irresistible poder de seducción. "Desprendía autoridad", no se cansa de repetir Jordi Pujol. En lo que coincide John Elliott, quien tanto tiempo después sigue viéndole como un "hombre bien plantado, carismático y de una gran capacidad expresiva", que "tenía un sentido muy firme, como historiador, de dónde quería ir". Una firme determinación, una voluntad férrea, una clara autoconciencia, son otros tantos sustantivos, con sus respectivos calificativos, aplicables a Vicens. A la lista podría añadirse una leve arrogancia, un innegable entusiasmo por la novedad e incluso un indisimulado gusto por la provocación, todo ello teñido, y compensado, por una cierta ingenuidad y una enorme generosidad.

Una personalidad que soñó con ser ingeniero ("hay en mí una frustrada vocación de constructor de puentes", dirá en una entrevista de 1953), que siempre miró hacia delante pero que, en muchos aspectos, se forjó a la contra. A la contra, en primer lugar, de las adversidades que la vida le iba poniendo por delante: la muerte prematura del padre cuando él contaba doce años y el tener que dejar provisionalmente los estudios para ponerse a trabajar, a los dieciséis, fueron los primeros obstáculos que superar. Lo hizo con nota, estudiando con una beca que le proporcionó su maestro y mentor, Antonio de la Torre y del Cerro. En 1933, la vida le volvía a sonreír: se integraba en la enseñanza secundaria y en la universitaria, y se declaraba a Roser Rahola en la cubierta semivacía del *Ciudad de Cádiz*, en el crucero universitario que había organizado la facultad de Letras de la Universidad de Madrid y al que se

había sumado un selecto grupo barcelonés, integrado entre otros por Salvador Espriu, Bartomeu Rosselló-Pòrcel y G. Díaz-Plaja.

Pero su ascensión social y profesional quedaría interrumpida, de momento, por el desenlace de la Guerra Civil: Vicens optó por quedarse, pero al precio de ser *depurado* de la enseñanza. Entonces se ganó la vida con trabajos editoriales, aunque no renunció a la que creía su razón de ser ("el ideal y vocación de mi vida"): la cátedra universitaria. Ya en 1940 advertía por carta al ministro franquista del ramo que, aunque le obligaban a retirarse de unas oposiciones a las que él quería concurrir, no por ello iba a "quebrantar la trayectoria" de sus esfuerzos". A fe que no lo hizo.

En 1943, terminada su sanción (y siendo destinado al instituto de Baeza), Vicens se ve en la urgencia de ganar la cátedra: mientras De la Torre le evita ir a Baeza, Cayetano Alcázar le garantiza que podrá presentarse a las oposiciones, que se demoran hasta 1947, cuando obtiene la de Zaragoza. Al cabo de un año, nuevamente por oposición, gana la de Barcelona. Ha vuelto a vencer, por vez segunda, a la adversidad. Sin embargo, esta volverá a presentarse al cabo de unos años, y de forma irreparable, en forma de un cáncer de pulmón que pondrá fin en 1960 a su vida "frenética" (la expresión es, nuevamente, de Elliott) en una clínica de Lyon, donde fue operado sin resultado. Entre tanto, poco más de una década acelerada, en la que, llevado por una asombrosa capacidad de trabajo, puso las bases para el desarrollo, en Catalunya y en España, de una nueva historiografía.

Su apuesta por una *nueva historia* se había formado también, en cierta manera, a la contra. Su espíritu *revisionista*, utilizando un adjetivo que

terminaría por asumir, le llevó en 1935 a polemizar con Rovira i Virgili y a disentir de la visión nacionalista de Ferran Soldevila, defendiendo a capa y espada la actuación del rey católico en la Catalunya del siglo XV (aunque mucho más tarde, en una carta a Jordi Rubió, reconocerá haberse "peleado con el fantasma" de Sanpere i Miquel) y apelando a la necesidad de una historia libre de toda ideología. Aunque Vicens, que partía de una aparente ingenuidad metodológica ("el historiador nada sabe ni nada cree" y "sólo debe sacar conclusiones a partir de los textos, y no de sus propias convicciones", decía en 1936 citando a Charles Guignebert), terminará por desmentirse a sí mismo. Frente a la historia positivista y el cultivo de la monografía que todavía preconiza en 1948 a su regreso a la Universitat de Barcelona, cultivará muy pronto el ensayo interpretativo (*Aproximación a la historia de España*, 1952) y, en cierto modo, ahistórico (*Notícia de Catalunya*, 1954). Al mismo tiempo, se proclamará continuador de la "escuela histórica catalana" y dirigirá su combate contra la historiografía española, a la que ve presa del "ensayismo filosofante" y de la ideología más retórica y vacía.

La raíz de ese cambio se encuentra, claro está, en su creciente compromiso político. Una vez ganada la cátedra, Vicens se siente seguro para emprender, de la mano de Josep Benet, una creciente labor de orientación política, dirigida a la generación más joven (que no ha vivido directamente el trauma de la guerra) y destinada a elaborar un colchón intelectual e ideológico que evite los sobresaltos y, sobre todo, cualquier posible recaída en la lucha fratricida el día en que el país logre librarse del sofocante régimen franquista. Para ello tendrá, como escribirá premonitoriamente a su amigo Eduard Valentí i Fiol en los días aciagos de la Guerra Civil (que le encaneció el pelo y le agravó la expresión), que "decir adiós al medievalismo" e interesarse por la historia moderna (por

la "recentísima", precisará en la misma carta). Una necesidad que vuelve a entrecruzar en el congreso de Ciencias Históricas de París, en 1950, donde se produce su feliz reencuentro y coincidencia con Lucien Febvre y Fernand Braudel, y que le llevará a escribir su libro más original, *Industrials i polítics del segle XIX* (1958), donde mostrará haber asimilado las lecciones de *Annales*.

### **Anverso y reverso**

Decadencia y *renaixença* (o, mejor dicho, *redreç*, para utilizar la expresión que tomará prestada de la época del rey Fernando) serán, en una concepción casi biológica de la historia, las dos caras de la misma moneda, de las que extraer las lecciones, negativas y positivas, a la hora de construir el futuro. Porque, como observaba con agudeza el filósofo Josep Ferrater Móra en una carta de 1957, la obra de Vicens está toda ella orientada a crear una conciencia ("una *consciència històrica* que no justifica tot el que ha passat pel sol fet que ha passat, però que ho explica i permet als catalans encarar-se amb el futur - que és, segons em sembla veure, i ho celebro, la vostra preocupació principal en fer història").

Finalmente, es la reflexión política lo que ancla al historiador en su tiempo presente, merced a su experiencia no sólo de practicante de una disciplina, sino de ciudadano activo, comprometido con los problemas de su época. Al fin y al cabo, y esta es una conclusión que vuelve a imponérseme, Vicens sabía que, en la vida, uno debía escoger entre ser "fabricant d'olives sense pinyol o fabricant d'idees amb pinyol". Y él siempre tuvo clara la segunda opción.

\*Josep M. Muñoz es historiador y editor. Se doctoró con una biografía intelectual de Jaume Vicens Vives, publicada en 1997 por Edicions 62, y es el comisario de la exposición "Jaume Vicens i Vives i la nova història". Desde hace diez años dirige la revista cultural "L'Avenç"